

IV

Alix.

Desde aquel momento Filipina se sintió verdaderamente cautiva: hasta entonces su alma había volado sin cesar por encima de los muros de su prisión, y hacía los caminos por donde á su parecer, debía llegar el socorro; sus miradas se habían dirigido incesantemente hacia el horizonte; había esperado, había vivido en el porvenir, y sobre todo, había vivido para su padre, para consolarle y fortalecerle; ahora se encontraba sola; veía las rejas espesas de su prisión; parecía que se ahogaba, y el peso de la cautividad pesaba entero sobre su alma donde la esperanza se apagaba!

La desgraciada niña contemplaba, como si aún no lo hubiera visto, el formidable circuito de la fortaleza; aquellos muros enormes, ligados entre sí por veinte espesas torres; aquellas puertas de hierro; aquellos corredores sombríos y casi impracticables; aquellas grandes salas destinadas á los reyes, y tan tristes en medio de

su magnificencia; aquellos calabozos donde gemían los cautivos durante largos años, y cuyo sólo nombre inspiraba un horror mortal.

—¡Aquí viviré y moriré! se decía Filipina.

—¡Ya no veré más las verdes praderas de mi querida Flandes, y nunca llegaré á las costas de Inglaterra, á donde me espera Eduardo!... ¡El rey Felipe no me dejará nunca volver con mi madre ni con mi prometido!... ¡Cautiva estoy para siempre, para siempre!

Cuando la infeliz princesa se entregaba á estas melancólicas ideas, caía en ese negro abatimiento, que es una de las enfermedades mortales del alma, lloraba y huía la luz; entonces su joven camarista Alix iba á buscarla, se sentaba á su lado y llenaba á su vez el papel de consoladora, que también había desempeñado Filipina con su padre.

Alix era huérfana; dedicada desde su infancia al servicio de la joven condesa de Flandes, la amaba con la ternura de una hermana, con la abnegación de un corazón que había concentrado todos sus afectos en un solo ser; sufría solamente por los pesares de Filipina, porque, decidida á consagrarle su vida, le era indiferente que fuese en Inglaterra ó en Louvre; cuando sus discursos, su alegría, sus bellos razonamientos, hacían brillar un rayo de esperanza en el corazón de la joven, ésta decía:

—Cuando yo me case con el príncipe Eduardo, te casaré con un noble inglés, Alix, y serás la primera dama de mi corte.

—¡Oh, no!—respondía Alix,—no quiero de-

jaros; viviré y moriré camarista de la reina de Inglaterra.

Para engañar el tiempo, ambas jóvenes leían juntas algunos libros de piedad y algunas obras de caballería, que Filipina había traído de Flandes; cantaban á duo, bordaban sentadas al mismo bastidor, y cultivaban algunas pálidas flores en una especie de terrado situado entre dos torres, y que el gobernador había designado para sus paseos.

Algunas veces obtenían permiso para bajar á la capilla y eran instantes de suprema dicha aquellos en que, cautivas, podían orar en presencia del Dios cautivo también en el tabernáculo.

Ninguna nueva de afuera llegaba á sus oídos, nadie les hablaba de Flandes, y algunas veces decía Filipina suspirando:

—¡Oh! ¡No han podido olvidarme! ¡Mi padre, mi madre, piensan en mí! ¡Roberto me ha dado su palabra de caballero, y si no vienen á libertarme es porque no pueden! Pero Eduardo, mi prometido, ¿por qué no reclama á su futura esposa?

Un día, el capellan del Louvre, que entraba á ver á la princesa algunas veces, y al que tanta desgracia é inocencia inspiraban una gran piedad, le dijo:

—Aseguran, noble señora, que el conde de Flandes, vuestro padre, se ha aliado con el poderoso rey de Inglaterra, y que los dos reclaman vuestra libertad; ¡quiera el Señor concedérosela para su mayor gloria!

Filipina no durmió desde aquel día; á cada instante le parecía oír el ruido de pasos y de voces que había precedido á la entrada de Roberto; parecíale que iba á ver á su valeroso hermano y que éste le decía:

—¡Eres libre!

Durante diez meses la sostuvo esta esperanza que ninguna noticia alimentaba, porque el capellán, ó nada sabía, ó nada más se atrevía á decir; en fin, llegada al último extremo la inquietud de la princesa, se atrevió á preguntar al gobernador:

—El rey Felipe sale victorioso en todas sus empresas, —respondió éste,—y ha triunfado de la soberbia de Flandes, lo mismo que su abuelo, de ilustre memoria, Felipe Augusto; la ciudad de Lille ha capitulado, y vuestro hermano Roberto, señora, ha debido á la clemencia del rey el poder retirarse con sus armas, bagajes y aprestos de guerra.

—¿Y el rey de Inglaterra no le ha socorrido?

—preguntó con ansia Filipina.

—El rey de Inglaterra había llevado sólo con él un pequeño cuerpo de ejército, y se asegura que volverá á pasar el mar, entrando derrotado en su reino.

Filipina guardó silencio, pero la más sombría tristeza volvió á posesionarse de su alma infantil; algún tiempo después le dijo el gobernador, sin que ella le preguntase.

—El rey, mi señor, ha concedido treguas al conde de Dampierre, vuestro padre; ya es dueño de la mejor parte de la Flandes; la ciudad

de Brujas se ha sometido al soberano, y éste ha puesto guarnición francesa en las principales ciudades del condado.

—¡Gran Dios, todo se ha perdido!—exclamó la princesa, juntando las manos y cambiando con Alix una mirada desgarradora.—¡Mi padre será despojado, y yo moriré prisionera!

El gobernador era hombre y se sintió profundamente conmovido ante aquella gran aflicción.

—Noble señorita,—dijo en voz baja,—no perdáis el valor: se dice que el Soberano Pontífice solicita vuestra libertad.

—¡Ah!—repuso la princesa,—es una obra digna del Padre común de los fieles la de auxiliar á los desgraciados; ¿pero le escuchará el rey, mi padrino?

—Señora,—dijo Alix tristemente, cuando se hallaron solas,—¿el rey de Francia tiene una hija?

—Sí, se llama Isabel,—contestó Filipina,—yo esperaba verla antes de ir á Inglaterra. Pero, ¿por qué me preguntas eso, Alix?

—¡El rey de Inglaterra tiene un hijo!—murmuró la camarista.

—¡Mi prometido no puede hacer traición á su fe!—gritó Filipina,—¿creerías acaso!.....

—¡Ah, mi noble señora!—dijo Alix,—yo creo que, para guardaros tan duramente cautiva, el rey Felipe tiene algún motivo poderoso!..... ¡Ojalá que mis temores sean vanos!

V

La víctima.

Era la víspera de la Natividad de Nuestra Señora, Alix había obtenido el permiso de confesarse con el capellán; acabada su confesión salió de la capilla; un carcelero abrió la puerta de la escalera de la alta torre que constituía su prisión y la de la princesa, y Alix subió lentamente las gradas de piedra.

En cada piso había un descanso, rodeado de bancos de piedra y alumbrado por troneras.

En el segundo piso Alix se sentó para reposar un poco; hállabase recogida, pensativa y tranquila, cuando una palabra pronunciada cerca de ella atrajo toda su atención.

Hablaba en una estancia vecina, y un singular efecto acústico traía las palabras claras y distintas al oído de Alix.

—El rey nos lo agradecerá mucho,—decía una voz de hombre,— si le desembarazamos de esa joven Filipina; ésta le incomoda, porque quiere casar á su hija con el heredero de Inglaterra; una puñalada en el corazón de la Flamenca será muy bien pagada.

—¡Si esto fuera cierto!—dijo otra voz.

—Prueba,—repuso la que había hablado antes;—sólo sería ese hecho una cifra más en tu confesión general.

—¡Oh! No es eso lo que me detendría; pero la horca, que puede llamarme...

—Nada tienes que temer; cumples la voluntad del rey, y el Sena se llevará el cuerpo; te diré en confianza que Sire Pedro Flotte quiere hacer este servicio á su señor.

—¿Paga Sire Pedro Flotte?

—¡Mira; con esto!

Un ruido de oro se dejó oír; siguió el silencio; un instante después preguntó la voz más ruda:

—¿Qué es necesario hacer para ganar esa bolsa?

—Subir esta noche á la estancia de la princesita; la llave la tomaré yo del cuarto del gobernador; te la entregaré, y le das el golpe de gracia.

—Está dicho. Hasta la noche.

Alix no perdió una palabra de este siniestro diálogo; había reconocido las voces de dos oficiales de la prisión.

Temblando, cubierta la frente de helado sudor, llegó penosamente á su cuarto; allí refl e-

cionó en silencio; ningún socorro humano podía salvar á Filipina; pero si el cielo le había revelado este secreto, ¿no era para que hiciese de él un santo empleo?

Alix tomó su resolución con firmeza y sin espanto, con la serenidad de una alma heroica.

Por la noche, Filipina se acostó como de costumbre, despues de abrazar á su amiga, que le besó las manos en silencio; en seguida Alix cerró con cuidado la puerta de la cámara y se retiró al oratorio de la princesa.

Encendió una lámpara, cuyos resplandores debían atraer la atención de los asesinos, y cubriéndose con el largo velo blanco que usaba Filipina, se puso de rodillas en el reclinatorio y esperó con el corazón sereno y tranquilo.

A media noche se oyeron en la escalera pasos cautelosos; una mano abrió la puerta del oratorio y una voz dijo:

—¡Aquí está!

Una puñalada mortal hizo caer á la joven, que se calló hasta en las ansias de la agonía.

Los dos asesinos, perseguidos por el espanto, compañero del crimen, se apresuraron á encerrar el cadáver en un saco, y bajando á favor de las tinieblas lo arrojaron al Sena.

Ningunos ojos humanos vieron más el blanco rostro de Alix, ni sus despojos virginales, arrastrados hacia el Océano por la turbia corriente, donde reposan hasta el día de la justicia y de las recompensas.

Los asesinos, pagados por el ministro Pedro

Flote, creyendo haber ganado su salario, la misma noche salieron de París (1)

Al siguiente día Filipina preguntó por su compañera; nadie pudo darle noticias suyas, nadie quiso dárselas acaso; los días pasaron sin traer á Alix; la pobre prisionera, privada de su sola amiga, de la que la había amado hasta la muerte, se volvió más triste y más sombría, y cayó enferma.

Se enviaron dos camareras para servir las; pero la enfermedad fue larga y peligrosa. Filipina vió muy de cerca aquella muerte que había con tanta frecuencia deseado.

Dios quería probarla aún, y vivió.

El anciano capellán la visitaba con frecuencia, tratando de elevar más y más hacia el cielo una alma á la que Dios parecía rehusar todas las venturas de la tierra; la princesa le escuchaba con sumisión, oraba con él y leía en los libros de piedad los pasajes que le indicaba.

En una de estas lecturas, y hallándose convaliente apenas, encontró entre las páginas de un manuscrito de las cartas de San Ambrosio sobre la virginidad una estampita de pergamino, representando á Jesucristo en la cruz; debajo, la mano de Alix había escrito estas palabras del Evangelio:

No se puede amar más que hasta dar la vida por nuestros amigos.

(1) En Flandes corrió la voz de que Filipina había sido asesinada y arrojada al Sena. Roberto de Bétune, hermano de la princesa, se sirvió de estos rumores para excitar el odio del pueblo contra el rey Felipe EL BELLO.

—¡Oh Alix, Alix!—exclamó Filipina, besando la imagen—¿Dónde estás? ¿No volverás nunca, mi única amiga?

Nadie respondió á esta triste queja, y Filipina sintió, más que nunca, en el fondo de su corazón, lo que quieren decir estas dos amargas palabras:

Cautiverio y soledad.

VI

Raoul

Nunca reclusa retirada detrás de las rejas de un monasterio llevó una vida más separada de la tierra que Filipina; no veía más rostro humano que los de las dos mujeres que la servían á las que nunca hablaba; el del gobernador y el del capellán; aquél, sombrío y regañón; éste, compasivo, pero austero.

La desgraciada niña no oía ninguno de los ruidos del mundo; los rumores de la gran ciudad subían hasta ella, vagos é indefinibles como el rumor del mar, y sus días monótonos no tenían otras distracciones que la oracion, la lectura y el trabajo.

Había pedido una rueca y lino, y se ocupa-

baba en hilar como las pobres mujeres de su patria; y cuando tenía alguna cantidad de trabajo terminado, lo enviaba el capellán, á fin de que lo hiciese vender y repartiase el importe á los pobres; porque aquella hija de tantos reyes y príncipes, que habian fundado hospitales y dotado monasterios, no tenía un óbolo que pudiese dar.

Filipina alimentaba algunos pajaritos en su ventana; esta ocupación de niña era lo que más tarde llamó Maria Stuard *diversión del prisionero*; cuando las avecillas eran grandes la condesa de Flandes les daba la libertad, y seguía largo tiempo con los ojos su vuelo alrededor de las altas murallas.

Semejante á aquellos pajaritos que venian á posar su vuelo algunas veces sobre las bóvedas ennegrecidas del Louvre, un niño se deslizaba de tiempo en tiempo en la cámara de Filipina, á la que había dedicado un ingenuo y tierno afecto.

Era un sobrino del gobernador, llamado Raoul; un huérfano criado en la sombría fortaleza, que parecía mirar el Louvre como suyo; tanta era la alegría con que recorría las tristes galerías, jugaba ruidosamente y subía con rapidez á las murallas y á las torres.

Ocho años tenía Raoul cuando Filipina fue encerrada en la fortaleza; una tierna y viva amistad por la prisionera nació en su alma infantil, y frecuentemente, fuerte con sus privilegios de niño, iba á verla y se movía alrededor de la princesa como una alegre mariposilla.

Algunas veces la joven cautiva tomaba también parte en los juegos del niño; pero desde su enfermedad había quedado en extremo débil y lánguida, y Raoul, al verla así comprendía que debía ser menos turbulento.

Gustaba el niño de oírle leer, ya la leyenda del rey Arturo, ya la historia de los siete hermanos Macabeos, ya las maravillosas narraciones de las Cruzadas, y Filipina se complacía en ver los relámpagos de valor que brotaban del alma de Raoul.

La princesa no tenía otro placer que la vista y la compañía de este niño, que le parecía que sería un día amable, piadoso y valiente.

—Cuando tú seas grande,—le decía,—yo habré muerto; entonces llevarás noticias mías á Flandes, á mis hermanos y hermanas, y les dirás que no dejen mi pobre cuerpo en la capilla del Louvre; que le transporten á Winendale, y que le hagan enterrar en el cementerio de la ciudad, para tener musgo y flores sobre mi cabeza, ya que tan pocas he tenido cuando vivía.

—Cuando yo sea grande vos sereis reina,—respondió Raoul,—yo seré caballero, y vestiré vuestros colores.

—¡Yo reina!—repitió Filipina,—¡jamás! Y no obstante, yo he recibido la promesa de Eduardo, y él tiene la mía.

—Ya vendrá á buscaros,—observó el niño lleno de confianza;—pero es preciso que acabeis de curaros para marchar con él; tomad, adornáos con estas preciosas flores, que he cogido esta mañana para vos, noble señora.

Filipina tomó las rosas y los lirios silvestres que Raoul le presentaba, y dijo con melancolía:

—Los ofreceré á la santa Virgen, como lo hacía en Winendale; en cuanto á mí, ya no pienso en los adornos, mi querido Raoul.

—Entonces, señora, leedme una bella historia; después arreglaremos las flores, las llevaremos al altar del oratorio, y rezaremos á la santa Virgen, para que os liberte; yo me iré con vos.

Filipina sonreía al niño, pero la esperanza, tantas veces desvanecida, no penetraba ya en su alma; deseaba la libertad, pero sin esperarla; aspiraba á la dicha, pero ya no creía en ella; su delicada salud la iba separando de la tierra; estaba tan pálida, tan flaca, que Pedro Flotte no juzgó necesario mandarle nuevos asesinos.

Contaba con la tristeza, ese lento pero seguro veneno de la juventud y de la belleza.

El silencio sepulcral que reinaba en torno de la princesa era el más cruel de sus tormentos; las semanas, los meses, los años, se habían pasado sin tener noticias de su patria y de su familia; un día se puso de rodillas ante el capellan, y le pidió por Dios que le dijese lo que sabía; el anciano la miró con una profunda conmiseración.

—Hija mía,—le dijo,—si lo queréis, hablaré y sabréis cómo vuestro país y vuestra casa han sido duramente probados.....¿Adoraréis esta cruz, hija mía?

—Sí, padre mío,—respondió la princesa— el silencio es lo más cruel para mí; hablad.

—El rey Felipe es ya señor de los estados de vuestro padre, hija mía; abandonado por sus aliados, vendido por los habitantes de Brujas, el conde de Flandes, después de haber procurado obtener la paz por mil medios, se ha entregado en las manos del rey de Francia.

—¡Oh, mi desgraciado padre! ¿Y que ha sido de él?

—Al llegar á París, se hallaba abrumado de una tristeza mortal; los que le han visto, me han dicho que hablaba de vos, que repetía sin cesar: *¿Si yo no hubiera venido á París la primera vez, mi pobre hija no estaría languideciendo en una prisión.* Presentado al rey con vuestros dos hermanos y cincuenta caballeros fieles que le quedaban fue enviado al instante cautivo á la torre de Compiègne; Roberto está igualmente preso en Chinon, y Guillermo en Isoudum; ya véis, hija mía, que el Señor ama á vuestra familia, puesto que le envía tan pesadas cruces

Filipina cayó de nuevo de rodillas, elevó sus manos juntas al cielo, y exclamó.

—¡Dios mío, mi soberano Señor! ¡yo adoro vuestra voluntad y me ofrezco á vos para sufrir vuestros rigores en el lugar de mi querido padre y de mis hermanos; que yo viva y muera en esta prisión, pero que ellos queden libres! Dadme sus cadenas y las llavaré con vos, Señor mío Jesucristo!

La princesa no pudo continuar; una palidez mortal cubrió su inocente y sublime rostro; el

sacerdote la levantó en sus brazos, la colocó en un sillón y le habló largamente, sentado á su lado. No tenía que exhortarla á la resignación, pero la mostró el cielo y sus inefables recompensas; le recordó los santos que habían gemido, los hierros, los héroes de la cruz, que habían soportado las persecuciones, las calumnias, el odio de sus prójimos y la traición de sus servidores, y terminó así su consolador discurso.

—¡Su corona será grandel! ¡Dichosa sois, hija mía, en no haber participado de la diadema de un rey sobre la tierra, porque Dios os reserva en el cielo la corona de los mártires y de las vírgenes.

VII

Las justas

Pocos días después de esta conversación, el ruido atronador de muchas trompetas resonó en los muros silenciosos del Louvre y llamó la atención de Filipina.

Raoul jugaba á su lado; la princesa, admirada, se volvió hacia él, y le preguntó:

—¿Sabes tú lo que sucede, mi querido niño?

—Sí,—respondió Raoul con aire sombrío y dejando los juguetes,—y muy bien que lo sé!

—Dímelo Raoul,—dijo Filipina poniendo su blanca y pequeña mano en la cabeza del niño.

—Es un torneo que tiene lugar allá abajo (1).

—¿Y tú no vas á verlo?—preguntó admirada la joven.

—No, señora; porque el motivo del torneo no me agrada.

La princesa sonrió débilmente al ver el aire serio y convencido del niño.

—¿Puedo saber lo que te contraría? ¡Vamos, dímelo!

Raoul se puso encarnado, hirió el suelo con su pie, y dos lágrimas saltaron de sus ojos, á la vez que decía con voz entrecortada:

—¡Si yo fuera grande, bajaría á la liza y desafiaría á ese orgulloso caballero inglés; le diría además que no tiene honor ni fe!

—¿Pero qué ha hecho ese pobre caballero?

—Le diría que está blandiendo su lanza por una causa infame; con vos era con quien debía casarse Eduardo de Inglaterra, y no con Isabel de Francia.

El niño, en su cólera generosa, había revela-

[1] El Louvre tenía entonces un campo cerrado muy vasto, donde se verificaban los torneos: uno de los torneos se llamaba LA TORRE DONDE SE PONE EL REY CUANDO SE JUSTA.

do lo mismo que quería callar; Filipina enrojeció; aquel nuevo dolor tenía mucha parte de afrenta; juntó las manos y dijo:

—¡Mi pobre Alix lo había previsto! ¡Sea bendita la voluntad de Dios! ¿Es acaso para celebrar los desposorios de Isabel y de Eduardo para lo que se celebran esas justas, Raoul?

—Sí, señora,—respondió el niño llorando;—yo no quería decírselo; lo que quería matar á esos traidores ingleses.

—Cálmate, hijo mío,—dijo dulcemente Filipina,—porque, ya lo ves, estoy tranquila también. ¡Dios bendiga su matrimonio; yo ya no le pido nada, sino que mi pobre padre quede libre!

Durante largo tiempo resonaron las trompetas, se oyeron los relinchos de los caballos y el ruido de las aclamaciones populares.

Filipina no parecía escuchar; pero aquel día estuvo en la capilla más largo tiempo que el de costumbre; á las oraciones que dirigía al cielo por sus padres y por su querida Alix, añadió desde aquel día otra por Isabel de Francia, futura reina de Inglaterra.

Desde aquel día también pareció más profundamente tranquila; toda esperanza terrestre se había secado hasta en su raíz para la desgraciada niña; rezaba mucho, hilaba con sus débiles manos la lana que destinaba á los pobres, y hablaba dulcemente con Raoul; alguna vez se decía á sí misma:

—Este niño crecerá, y se irá muy pronto á servir al rey; entonces quedaré del todo sola.

Pero, sonriéndose interiormente, añadía:

—Entonces ya habré muerto... y si por desgracia viviera, ¿no me quedará Dios? Ya no deseo nada más sino que mi padre y mis hermanos recobren la libertad.

Llego, en efecto, el día en que Raoul la dejó; tenía catorce años, fue nombrado paje de Roberto de Artois.

—¡Ah!—exclamó el niño, besando por la última vez la mano de Filipina.—Ninguna escuela de caballería me hubiera servido como vuestra compañía; vos, señora me habéis enseñado toda lealtad y toda nobleza.

—Sé fiel,—le dijo Filipina;—fiel á tu rey, y sobre todo á tu Dios.

—¡Y á vos!—repuso el niño.—¡Yo vestiré luto en memoria de vuestros dolores, mi noble señora!

Sonrió la princesa dulcemente; y cuando su último amigo se alejaba, la vió éste rogando á Dios por él, con los ojos elevados al cielo y las manos unidas.